

dernidad", nos hace recordar inmediatamente al primero. Quizá porque no se pretende pontificar acerca de una generalidad abstracta y gaseosa, acaso por que no es menester acudir a una teórica de respaldo prestigiada y sólida, pero válida eminentemente para el modelo eurocéntrico, tal vez porque se toca tierra y se coge carne y, aunque no se arriba a meditadas conclusiones sobre el proceso de la modernidad hispanoamericana (ya sabemos de qué modernidad se trata), se echa luces sin embargo acerca de varias obras individuales de reputado signo y representatividad. Más allá de la arbitrariedad de algunos juicios, la mayoría de ellos toca, fugaz, avaramente, algunos aspectos esenciales de novelas fundamentales de la literatura hispanoamericana, y nos revela/descubre que Fernando Burgos es un crítico penetrante cuando se anima a emitir juicios concretos sobre obras concretas, cuando renuncia a esa irracionalidad crítica, muy neoliberal por cierto, y se circunscribe al objeto de una actitud de contemplación y reflexión, pero también, y por lo mismo, de transformación, como la verdadera y gran crítica sabe hacerlo; esto es, hacer de la crítica literaria y de la reflexión, expresión.

Paúl Llaque

Universidad de San Marcos

Adolfo Prieto: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana. Colección "Historia y Cultura", 1988.

El último libro publicado de Adolfo Prieto parece confirmar que, en estos días de luminosidad tan próxima a la del oca-so, la aventura intelectual consiste en re-visitar los viejos lugares construyendo nuevas miradas sobre lo ya visto. En su caso los ojos retornan al discurso criollista y anexan al horizonte de los estudios literarios una variante que linda con las prácticas arqueológicas. En este sentido, el trabajo de Prieto semeja un inesperado desentierro de objetos argentinos redescubiertos en Berlín, donde sobrevivieron incluso los azares de la guerra. Este curioso desplazamiento, posible gracias a la manía de un profesor alemán que vivió en Argentina también al borde de un siglo, si por un lado permite el reencuentro con los frágiles destinos de los objetos cul-

turales alejados de la mano de la bendición oficial, por otro admite la satisfacción del deseo de llenar un *blanco* de nuestra historia cultura, aquel que ocultaba la aparición de la "primera literatura popular" escrita en Argentina y que, arrojada una bomba más aquí o más allá, podría haber permanecido enterrada para siempre.

En el desarrollo de su investigación, Prieto comprueba un fenómeno significativo. Mientras nuestra sociedad erraba en los vaivenes de su vertiginosa modernización, la cultura letrada sufre una parálisis que la angosta y la reconcentra sobre sí hasta asfixiarla, en tanto, simultáneamente, la cultura popular adquiere un despliegue inusitado que transtorna no sólo los mecanismos de producción, circulación y recepción literarias, sino que además afecta las prácticas cotidianas de amplios sectores sociales, cuya vida había sido alcanzada por las nuevas políticas educativas e inmigratorias, las campañas de alfabetización y el periodismo. Entre las franjas populares la literatura criollista satisfizo los reclamos de quienes se iniciaban en las destrezas de la lectura, al tiempo en que se convirtió en "forma de civilización" que modelaba sus conductas y les ofrecía valores y respuestas para los nuevos tiempos. El trabajo de Prieto, entonces, revisita al criollismo en el período de su mayor visibilidad social -1880 a 1910- pero disponiendo una mirada en las junturas donde dos culturas se contactan, repelen, interpenetran y complementan. Las intersecciones, que la historia literaria había destinado al olvido, se ofrecen a primera vista como un conflicto estético, pero gradualmente descubren enconos cargados de significación política. La mirada de Prieto fusiona lo memorable y lo perdido restaurando las estridencias, y luego describiendo la agonía de una literatura "perniciosa" y "malsana", efímera, bajo el imperio de la voz oficial. Quizás como nunca la literatura argentina revelaba las formas de un uso político.

¿Cómo reconstruir esta experiencia perdida? Los estudios culturales de nuestra época, que quizás a la distancia se lleguen a percibir como la variante realista de la crítica, ofrecen la alternativa de desprenderse de la estrechez metodológica a cambio de recuperar una densidad histórica en la que nada de lo cultural resulta ajeno. Prieto, guiado por una decisión intelectual de leer el conflicto y no alguno de sus frentes, opta por una es-

trategia que va cercando su objeto con bordes sucesivos -inmigración, educación primaria, alfabetización, periodismo, censos, informes- hasta sitiar lo literario en una interrelación de series que confiere un carácter reversible al pasaje literatura/sociedad, a la vez que construye una trama con suficiente espesor como para verificar que los tiempos de la autonomía literaria eran aún lejanos, y que el espacio del discurso criollista es significativo de hondos conflictos sociales que atravesaban la modernización del país.

Si este fuera el movimiento del libro de Prieto, también podría hablarse de una estética del mismo. Extensas transcripciones con valor probatorio, acumulación de datos insospchados, recurrencia a la mensura, cruce de informaciones que se alumbran entre sí, son procedimientos que verosimilizan la reconstrucción, la tornan confiable y delinear un efecto de densidad, mediante el cual se tiene la ilusión de aproximarse a cómo fue la vida de vastos sectores sociales en el período ya indicado -entre ellos el de un embrionario campo intelectual-, en la medida en que el desentierro discursivo permite, al menos hipotéticamente, la recuperación de prácticas extradiscursivas de esos mismos sectores (fiestas, reuniones sociales, agrupamientos, exclusiones).

Aún así, el proyecto de Prieto vuelve a plantear la complejidad de la aproximación crítica para el estudio de la literatura popular. Al momento de construir la "red textual" del criollismo, la sorprendente cantidad de volúmenes que permanecen en los anaqueles berlineses se adelgaza hasta la concentración en algunas de las novelas de Gutiérrez y otros pocos textos de esta "primera literatura popular" argentina. Si, por un lado, esta es una determinación de la propia mirada que se aplica a los momentos de cruce entre culturas letrada y popular, es decir, ahí donde efectivamente se percibe el conflicto de la modernización, por otro hace reingresar las dificultades específicas para la valoración estética de un objeto -la literatura popular- que tanto fascina como desconsuela al condensar una tensión que parece infranqueable. Si esta literatura provee textos heterogéneos, sucios, encantadores, su conjunto en cambio revela una contracara donde las variantes formales son escasas y el valor de lo nuevo es desestimado en beneficio de la seguridad en la recepción, tal como Mukarovsky lo señalara en sus ensayos de los años '30. De ahí que, hostilizada por la

alianza de artistas e intelectuales asociados a los privilegios de la modernización, esta literatura popular se haya agotado sin encontrar el modelo alternativo que reemplazara al *Moreira* de Gutiérrez, cuando su propio público, diversificado y provisto de mejores destrezas, reclamaba también los beneficios del cambio.

Aníbal Jarkowski

Universidad de Buenos Aires

Josefina Ludmer: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires. Sudamericana 1988.

En un gesto especular con la literatura la crítica lee y reescribe los textos fundando su espacio, trabajando su materia. Si a Borges que lee y reescribe a Carriego o a Hernández "el cuerpo del otro le sirve para buscarse", al crítico, el cuerpo escrito de la literatura le sirve para delimitar su espacio y definir su práctica. "Definir qué lee un crítico, cuáles son sus objetos es definir el sentido de su crítica. *El género gauchesco*, el último trabajo de Josefina Ludmer, exhibe claramente la elección en la misma economía denotativa del título. Pero ¿cómo leer hoy un objeto que se sitúa casi por debajo o por detrás de una larga tradición de sucesivas reescrituras? El mismo Borges ya había suscitado el diálogo con los dos tonos del género, el lamento y el desafío: "Llegó ahora a la obra máxima: el *Martín Fierro*. Sospecho que no hay otro libro argentino que haya sabido provocar de la crítica un dispendio igual de inutilidades". Desde el subtítulo, *Un tratado sobre la patria* responde al desafío. Frente a la inutilidad dispendiosa de ciertas prácticas críticas, reivindica la categoría de *uso*, no sólo para definir al género, sino también para definir el trabajo crítico: un uso de la literatura que signifique el presente y la patria.

La elección del género supone un arribo de Ludmer, después de un itinerario que recorrió el texto, los textos, como marco de investigación de los procesos de construcción narrativa. Una nueva concepción del objeto permite pensar ahora las prácticas literarias argentinas en su especificidad. Trabajar el género como conjunción de literatura y política, voz escrita y voz oral, "uso letrado de la cultura popular", significa trabajar